



Llätzer Moix



## Platos rotos

**L**a compra de Luisiana. El *new deal*. El plan Marshall. La crisis de las sociedades de ahorro y préstamo de los ochenta. La guerra de Corea. La de Vietnam. La NASA. La invasión de Iraq... Sumen el coste de estas iniciativas y obtendrán una cifra inferior a la que pagarán de su bolsillo los estadounidenses por el rescate de los bancos que propiciaron la actual crisis. La factura total puede rondar los 7,7 billones de dólares.

He aquí uno de los vertiginosos datos que recoge *¡Huy!* (Anagrama), ensayo del novelista John Lanchester, subtítulo *Por qué todo el mundo debe a todo el mundo y nadie puede pagar*, del que Justo Barranco informaba hace siete días en el suplemento *Dinero*. Lo que se propone Lanchester en esta obra es algo tan necesario como enrevesado: explicar a los profanos las causas de la crisis. Debo decir que su empeño se ve coronado por el éxito. Incluso yo, que soy refractario a la ciencia económica, he acabado familiarizándome con los *swaps*, los CDO y demás productos de la ingeniería financiera.

Leer acerca de productos tan tóxicos puede parecer una opción truculenta, como lo era leer las biografías de los asesinos de la mafia. Pero leer *¡Huy!* me parece ahora prioritario. Porque ayuda a hacerse una idea de la realidad y debería reforzar nuestra cultura cívica e impulsarnos a presionar a los gobiernos para que corrijan la desregulación financiera.

Lo que cuenta Lanchester da miedo. Empieza con su mención a economistas como Hayek y Friedman y a políticos como Reagan y Thatcher, admirados por Aznar y partidarios de liberalizar los mercados, sobre todo los financieros, para estimular la economía, el PIB y de paso -esto se dice con boca pequeña- la desigualdad. Sigue con la constatación de que el capitalismo

---

Lanchester aparca la ficción y retrata con claridad en *¡Huy!* las causas de la crisis

---

fue abducido por el sector financiero, que emprendió una alocada fuga creyendo que podía erradicar el riesgo de su actividad. Menciona que los mercados de derivados y futuros multiplican ya por diez el valor total del producto

económico mundial real (unos 66 billones de dólares). Y acaba denunciando la insensata expansión del mercado de hipotecas (embarcando a los insolventes, porque aportaban riesgo, y el riesgo era un valor para los especuladores), así como el estallido de las burbujas inmobiliarias, crediticias y financieras, que ensombrece el horizonte colectivo a diez años vista.

De este libro se desprenden varias lecciones. Citaré tres. Una: la ilusión de negocios sin riesgo conduce a un riesgo muy superior. Dos: el aventurerismo financiero, que en España es responsable último de buena parte de los cuatro millones de parados, debe ser combatido; o él, o nosotros. Y tres: para empezar este combate, nada mejor que acomodar nuestros gastos a nuestros ingresos. Son lecciones desagradables. Pero desoír las equivale a asumir que los beneficios seguirán siendo privatizados por unos pocos y las pérdidas, socializadas entre el resto.